

## NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Un grupo de eminentes eruditos, encabezado por Menéndez y Pelayo, ha acometido la utilísima empresa de continuar y completar la Biblioteca de Autores Españoles que ha hecho inmortal á su editor Rivadencira. En esta época de renovación de los estudios literarios, nada tan importante como reanudar la publicación de los textos clásicos en forma accesible al mayor número de lectores. A pesar de los grandes defectos é inexplicables vacíos que ese monumento ofrece, es indudable que si no existiera, una gran parte de nuestra antigua literatura sería región desconocida é imposible de explorar para el común de los aficionados, sobre todo en países donde las bibliotecas no abundan en ediciones antiguas. Pero por lo mismo que esa colección es irremplazable, urgía el ponerla á la altura de los nuevos estudios, perfeccionando la parte defectuosa y caduca, y coronando lo que quedó á medio hacer cuando la publicación fue desgraciadamente suspendida.

De dos maneras se puede juzgar la Biblioteca de Rivadencira: desde el punto de vista crítico y paleográfico, y desde el puramente literario. Considerada por el primer aspecto, es en su mayor parte defectuosa y bien merece la antipatía que le profesa el eminente romanista Morel Fatio. Basta para participar de este sentimiento la consideración de que ha servido de rémora á la definitiva redacción del gran Diccionario de nuestro eximio compatriota Cuervo; pues él, que como lo indica en su introducción, se había valido principalmente de la colección Rivadencira en atención á ser fácilmente accesible á quien quisiera rectificar las citas de autores clásicos, encontró, cuando pudo confrontar la reimpresión moderna con las ediciones originales y con los manuscritos, que no hacía fe ni podía servir de base para un trabajo científico, porque el texto estaba en ocasiones extrañamente alterado, según el capricho de

los respectivos colectores. No todos los volúmenes, es cierto, merecen esta censura; pero aun en aquellos en que el texto ha sido reproducido con mayor fidelidad, la ortografía aparece modernizada, y no se ha tenido mucha cuenta con las variantes, aun tratándose de libros en que la lección genuina no puede establecerse con absoluta certeza. Para medir la distancia que hay entre una edición sabia y las de Rivadencira, no se necesita traer á cuento una reproducción paleográfica como la del *Mágico Prodigioso* de Calderón, hecha por Morel Fatio: basta comparar la edición del *Poema del Cid* que ha dado Menéndez Pidal y las que hizo D. Florencio Janer de los poetas castellanos anteriores al siglo XV, cuyo texto, por su misma venerable antigüedad y su importancia filológica y literaria, tiene algo de sagrado, que impide tocarlo con manos ligeras ó profanas.

Desde el punto de vista literario, la Biblioteca de Rivadencira merece mayor encomio, porque, como ya indicamos, á ella se debe la difusión de gran parte de nuestro tesoro clásico. Para el lector que busca ante todo el placer estético, es menos grave que para el filólogo conocer el texto de Calderón tal como nos lo da Hartzenbusch, es decir, con algunos versos de su cosecha, sustituidos á los del antiguo poeta. En esta parte, el principal reparo que merece la Biblioteca, es el de haberse formado sin sujeción á plan ninguno: de aquí deficiencias inexplicables y preferencias más inexplicables todavía. ¿Quién hubiera podido imaginar, por ejemplo, que el buen Juan de Castellanos, de quien nadie parecía acordarse, á excepción de uno que otro americanista, tuviera la suerte de obtener para la enorme mole de sus *Elegías*, el cuarto tomo de la colección, después de Cervantes y de Moratín y antes de todos los otros grandes autores clásicos? Jamás soñó el humilde Cura de Tunja con tan rara preferencia. No es de creerse tampoco que el Conde de Floridablanca, tan famoso por otros conceptos, pero que jamás pretendió el lauro de escritor, pensara que sus inamenas producciones se recogerían en aquel archivo

de las letras clásicas. En cambio, ¡qué omisiones tan grandes y tan imperdonables! Menéndez y Pelayo anota varias de ellas en el Prospecto de la Nueva Biblioteca. Baste decir que para nada figura allí Alfonso el Sabio, padre de la cultura española; y que no se reproduce ni una línea de Juan de Valdés, el gran prosista del tiempo de Carlos V, ni de Fray José de Sigüenza, uno de los primeros estilistas del siglo de oro. El colector de las *Crónicas* olvidó la General, que es la más importante de todas, ó tal vez retrocedió ante la inmensa labor filológica que su publicación requiere, y el editor de los Historiadores primitivos de América dejó á otros la gloria de imprimir por primera vez la grande *Historia de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas y de editar todo el texto de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. En la parte poética las omisiones no son menos significativas; y pasma que un erudito como D. Adolfo de Castro, que ordenó la colección de líricos de los siglos XVI y XVII, hubiera publicado los epigramas de Owen, traducidos por Francisco de la Torre, sin que la identidad del nombre le hubiera hecho acordarse del delicioso cantor de *La Tortola* y *La Cierva*, que es uno de los primeros poetas de la escuela de Garcilaso.

Otro delicado y clásico poeta, D. Esteban Manuel de Villegas, no quedó preterido del todo, porque algunas de sus anacreónticas figuran en la *Floresta de varia poesta*, que Castro reprodujo en su colección; pero el resto de las poesías del vate de Nájera quedó por fuera y hay que buscarlas en ediciones que no son vulgares, aunque nunca tan peregrinas como las de Francisco de la Torre. Es cierto que no hay biblioteca, del género de la de Rivadeneira, en que no se adviertan graves omisiones; sin ir más lejos, en la magna *Biblioteca Greca* de Didot, en que se dio cabida hasta á los fragmentos de geógrafos, historiadores y filósofos, no hubo lugar para Píndaro ni demás líricos griegos, no obstante la importancia capital que éstos tienen en el estudio de la literatura helénica.

El sabio Director literario de la empresa ha levantado á la nueva colección un pórtico regio, que figurará en adelante como uno de los más preclaros monumentos de la erudición española. Con el fin de encabezar una colección de novelistas destinada á completar la bastante rica de Rivadeneira, ha escrito Menéndez y Pelayo un extenso tratado sobre los orígenes de la novela en España, que ocupa todo el primer volumen, buena porción del segundo y aun reserva parte muy importante para el siguiente. Nunca han tenido las letras castellanas un historiador como Menéndez y Pelayo, docto como nadie en estas materias y artista hasta la medula de los huesos. Este tratado es un nuevo capítulo de la Historia de la literatura española, que Menéndez va escribiendo fragmentariamente, quizá reservando para más adelante la composición de un trabajo sintético, que comprenda el resultado final de sus sabias investigaciones. Cuanto se había escrito sobre la materia, parece tímido bosquejo al lado de este trabajo fundamental, hecho sobre materiales de primera mano, con criterio de historiador tanto ó más que de crítico literario, y con el arte de composición y estilo que distingue los libros del eminente académico. Suscribimos á la opinión expresada por un joven y brillante erudito español, para quien este libro de los *Orígenes* es "la obra más maravillosa de crítica literaria que se ha publicado en España" (1). Es, además, una de las primeras obras de literatura comparada con que puede enorgullecerse nuestra lengua; y por este aspecto, más que trabajo español parece producción de la ciencia alemana, que en este punto no reconoce rival. La reseña sobre la novela en la antigüedad, es un estudio digno de Martha ó de Croiset: el autor ha tratado este tema con *amor*, recordando su infantil tesis doctoral, *La novela entre los latinos*, en que ya se dejaba ver la garra del león. Del mundo antiguo pasamos al campo, mucho más misterioso, de la

(1) Julio Puyol y Alonso. *El Arcipreste de Hita*. Pág. 40.

literatura oriental, al historiar Menéndez la introducción del *cuento* en la Edad Media. Sigue un extenso y admirable estudio sobre los libros de caballerías y una disertación, que es modelo de crítica analítica, sobre los orígenes del *Amadís*. Completan el volumen sendos capítulos dedicados á la novela sentimental, á la histórica, que tanto influyó sobre la literatura europea con obras tan desemejantes como el *Marco Aurelio* de Guevara, las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, y los *Comentarios* del Inca Garcilaso, y á la novela pastoril, que dio en la *Diana* de Jorge de Montemayor uno de los modelos universales del género. En el segundo volumen van los capítulos referentes á los cuentos y á las narraciones cortas; y en el tercero saldrán los destinados á estudiar las novelas de costumbres y las novelas dramáticas, cuyo interés puede calcularse por la materia de que tratan. El estudio del sabio español llegará hasta Cervantes, á quien, con ocasión del centenario, consagró un portentoso discurso que nos parece el más alto homenaje que la patria española consagró en esa solemne ocasión al más grande de sus ingenios. Ojalá que así como el prólogo que había empezado á escribir Menéndez y Pelayo para esta colección de novelas, se ha convertido en el magno libro de los *Orígenes*, esta obra se convierta en un trabajo completo sobre la novela española antes y después de Cervantes, que sería, á juzgar por esta primera parte, una de las obras monumentales de la erudición moderna.

El erudito hispanófilo holandés, F. de Haan, encabeza su curioso estudio, titulado *Picaros y Ganapanes*, con estas palabras: "Una de las mayores glorias literarias de España, y acaso ó sin acaso, la más duradera, es la de haber hallado con la novela la verdadera forma de la epopeya de la vida humana. Si es lícito juzgar de las obras por la influencia que hayan ejercido sobre la literatura del mundo, ya que de las españolas sólo la novela ha dejado una huella imborrable, á ella corresponde el puesto prefe-

rente en la historia de la literatura española." Y esta preeminencia la explica Haan no sólo porque el *Quijote* es la primera novela del mundo y una obra de arte á la altura de las de Homero y Dante, sino porque en España tuvo su cuna y adquirió extraordinario desarrollo la novela picaresca, que dio modelo á la obra maestra de Lesage. Los aficionados del teatro antiguo español, quizá tendrían motivos para reclamar de esta preferencia, excepto en lo que se refiere á Cervantes; y aun los que pueden y saben comprender la literatura mística, estarían en el caso de recordar que la escuela española no tiene rival en el mundo. Pero los místicos no son hoy lectura popular, como lo fueron en otro tiempo, ni el teatro mismo tiene actualmente, como género literario, tanta importancia como la novela; de aquí que la opinión de Haan sea compartida, probablemente, por la mayoría de los lectores cultos, capaces de apreciar el arte de otras edades.

El espíritu se ensancha al considerar la magnitud de la empresa acometida por los editores de la Nueva Biblioteca, quienes ofrecen darnos en cómoda edición obras clásicas hoy poco accesibles, como las de Valdés y Sigüenza; renovar la publicación de géneros imperfectamente representados en Rivadeneira, como la lírica del siglo de oro; y extender los límites de su tarea de modo que queden incluidos en la colección, no sólo los escritores americanos y los portugueses que manejaron nuestra lengua, sino los grandes poetas y prosistas catalanes de los siglos medios, con el texto y la traducción á dos columnas; los más insignes filósofos, pedagogos y críticos del Renacimiento, correctamente traducidos del latín, en que escribieron sus mejores obras; y una selección de historiadores y geógrafos, filósofos y naturalistas, poetas y novelistas árabes y judíos que nacieron en España ó escribieron sobre cosas españolas. Ojalá que los generosos promotores de esta obra civilizadora, logren siquiera, en época que parece más propicia, el apoyo que encontró el editor Rivadeneira, para la

publicación de los setenta tomos de su Biblioteca. Así tendríamos á la mano cuantos elementos se requieren para un estudio exacto y completo de la cultura española. Los volúmenes ya publicados son del mayor interés. Serrano y Sánz ha colegido un tomo de *Autobiografías y Memorias*, en donde está publicado el relato novelesco (no histórico) de Diego Ordóñez de Ceballos, llamado *Viaje del mundo*, en que háy varios capítulos referentes al Nuevo Reino de Granada; el Padre Mir ha coleccionado los *Sermones* del Padre Alonso de Cabrera, uno de esos escritores del siglo XVI, poco conocidos antes, y que ahora empiezan á estimarse tánto, porque en riqueza de lengua exceden á muchos de los más célebres clásicos; Cotarelo y Mori, docto biógrafo de Tirso de Molina, nos da todo el teatro del insigne mercedario no incluído en Rivadeneira, y entre otras curiosidades, ofrece el texto más genuino del *Burlador de Sevilla*; Bonilla y Sanmartín ha formado una peregrina colección de *Libros de caballerías*, que completa la de Gayangos; Catalina y García edita la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del clásico Sigüenza; y lo que es más, Ramón Menéndez Pidal acaba de publicar su grande edición de la primitiva *Crónica General*, texto de capital importancia desde el punto de vista filológico y también por el aspecto histórico; y que no era conocido en su forma genuina hasta que halló digno editor en el ilustre erudito, que es quizá el discípulo más eminente de la escuela filológica de Gastón París, en España. Esta sola publicación, que se completará con un segundo tomo donde irán un estudio crítico y un glosario, bastaría para acreditar la Nueva Biblioteca en el mundo sabio.

En uno de los próximos tomos se publicará la *Historia apologética* del P. Las Casas, obra de sumo interés para la historiografía americana. Recomendamos, pues, la adquisición de esta nueva colección á las Bibliotecas públicas, á los Establecimientos de enseñanza superior y á cuantos se interesen por el lustre de las letras castellanas.